

—«Salió en la mañana temprano.»

—¿Y tu papá?

—«No tenemos papá.»

—¿Hermanitos?

—«Sí, están allá adentro.»

Entré al cuartito, tan oscuro que casi no se alcanzaba a percibir lo que allí había. En el suelo, en medio de unas tablas y pedazos de frazadas inmundas, se recostaba una guagüita de unos cuatro meses de edad, su boquita cubierta de granos, su rostro muy demacrado, dormía tranquilamente. En otro extremo de la pieza, dentro de un cajón, un chico de unos siete años, tullido, casi desnudo, gritaba desesperado; al preguntarle qué deseaba, respondía sólo con ademanes, pues no podía articular palabras. En la pieza no había una sola cama, sino que todo el menaje se reducía a tiestos viejos e inservibles, pedazos de alfombras y trapos sucios. El aire, completamente irrespirable, pues los niños efectuaban todas las necesidades de su organismo dentro del cuarto.

¿Y la madre, dónde andará, acaso consiguiéndose un pedazo de pan para llevarles a sus hijitos? Era preciso averiguar.

La niña mayor, que era la única con quien se podía conversar, sólo pudo decir que su madre salía temprano, a veces llegaba en la noche y les llevaba algo que comer; en otras ocasiones, su compadre les daba dinero para que les hiciera la comida. A propósito del compadre, ¿venía éste muy seguido? La chiquitina con toda espontaneidad dijo: «Sí, señorita, viene casi siempre en la noche y se queda a dormir con nosotros», y agregó que con frecuencia llevaba a la madre al teatro, dejándolos por supuesto a ellos solos.

Para tomar mayores informaciones, no había vecinos al lado, sino a más de una cuadra; llegué hasta allí, encontrándome con un pescador que vivía con su madre anciana. Al preguntarles si

Preveniu i guaríu les afeccions del aparell respiratori mitjançant les inhalacions i vaporitzacions amb

VAPORS PYT
